

Fecha de creación: 1999

Autoría: Lanki

Fuente del texto:

Se trata de un texto escrito como material para el debate de los grupos de discusión del Proyecto Testimonio. Es el quinto tema de los nueve que componen el temario que se planteo para provocar las reflexiones.



5. SOLIDARIDAD INTRACOOPERATIVA E INTERCOOPERATIVA

Las cuestiones relativas a este apartado están en estrecha relación con las correspondientes al capítulo precedente sobre la participación. Por ello, en ambas existen reflexiones que tienen un mismo punto de partida y que apuntan en una misma dirección. Como primer paso en dicha reflexión, se realizarán consideraciones generales y teóricas, para luego pasar a los aspectos más concretos de la solidaridad intra e intercooperativa.

CONCEPTO CLAVE

La solidaridad es un concepto clave, o quizá *el* concepto clave, en el pensamiento cooperativo y arizmendiano. La unión de determinadas personas en una acción colectiva para la resolución de algún aspecto de la vida personal y comunitaria requiere de la integración en el grupo a partir de un mínimo de empatía y reconocimiento del otro, es decir, de la solidaridad. La solidaridad proporciona ventajas al individuo, en la medida en que el grupo ofrece protección, pero al mismo tiempo la solidaridad supone invertir el esfuerzo individual también en beneficio de la comunidad, y supone en ocasiones saber supeditar el deseo individual al beneficio grupal. Ser solidario, y por ende, ser cooperativista, no resulta, pues, una tarea fácil.

Desde sus comienzos nuestra experiencia ha desarrollado tal actitud en múltiples cuestiones: en la escala de remuneraciones; en la relación con el resto de la sociedad (regulación restrictiva de los salarios a la media de la zona, apoyo a las obras sociales, creación de puestos de trabajo...); y en términos generales, en lo que respecta al acompasamiento de la promoción personal a las exigencias del desarrollo comunitario.

LA SOLIDARIDAD EN EL MUNDO DE HOY

En estas líneas, a través de los diferentes capítulos, venimos realizando un diagnóstico del mundo que nos rodea, entendiendo que esta labor es imprescindible si queremos ubicar y dar sentido a nuestra experiencia en el contexto en el que estamos insertos. También con respecto a un principio clave de nuestra experiencia como el de la solidaridad, conviene realizar ese ejercicio.

Conviene, pues, recordar someramente el diagnóstico consensuado que desde las diferentes disciplinas sociales se realiza sobre la **naturaleza del vínculo social en las sociedades capitalistas modernas avanzadas**: se trata de la hegemonía de la mencionada **racionalidad económico-egoísta** y el dominio de la búsqueda del **autointerés** como forma universal de existencia y promotora del bien colectivo. La forma de convivencia regida por tales criterios produce aislamiento, atomización de los individuos, y promueve una especie de regresión del carácter inequívocamente social del ser humano. Existe una carga de insolidaridad consustancial al orden capitalista moderno. Al mismo tiempo, ante la falta de calor comunitario característica de la era *moderna*, ante la atomizadora civilización occidental, asistimos a una compulsiva necesidad de encuentro con el otro, en el seno de la cual germinan también peligrosas ilusiones y deseos totalitarios. De ahí, el reforzamiento, en estas condiciones de existencia, de fenómenos colectivos que derivan en fundamentalismos de todo tipo. Son intentos de superar la inseguridad, amenaza y angustia de una existencia totalmente individualizada, e intentos de búsqueda de una brújula colectiva que oriente al individuo y otorgue sentido a su existencia.

Otra de las características básicas de la condición moderna es el **pluralismo**. La sociedad típica del lado privilegiado del planeta es cada vez más una sociedad plural en lo que se refiere a la diversificación de las fuentes emisoras de sentido, las posturas éticas y estéticas, los estilos de vida..... Ante dicha pluralidad y a falta de brújulas seguras y totalizantes que guíen a los colectivos humanos, cada nave individual debe tender a elegir, a fabricar su propio giroscopio para poder orientarse en el mundo. El pluralismo inherente a las sociedades modernas avanzadas y la vida cada vez más individualizada de las personas, son dos fenómenos que pueden ser entendidos como las dos caras de una misma moneda.

La crisis social actual, para muchos una crisis de civilización, podría calificarse también como **crisis de solidaridad humana**, estrechamente vinculada a la hegemonía del pensamiento neoliberal que recorre hoy el mundo.

EL MODELO NEOLIBERAL DE COHESIÓN

Ante la implantación hegemónica de los postulados y prácticas neoliberales, todo proyecto que parta de concepciones diferentes y aspire a metas distintas, se ve en la necesidad de estar constantemente reafirmando, reformulando y aclarando su diferencialidad. Por ello, es

importante reflexionar también sobre esas otras visiones que vienen actuando con tanta fuerza.

En efecto, el propio proyecto neoliberal cuenta con cierto proyecto de *pseudosolidaridad*, de creación de ciertas formas comunitarias. Construye el encuentro con el otro desde los fines exclusivos de la supeditación de la persona a los objetivos del beneficio. La **identificación empresarial del trabajador y la cohesión interna de la empresa**, son exclusivamente entendidas en términos de crecimiento económico. El sentimiento grupal es construido y orientado hacia la maximización del beneficio. El punto de partida es el siguiente: cómo rediseñar y programar a la persona para que ésta se someta, con las menores resistencias y mayores satisfacciones posibles, a la idea de competir, con el objetivo último de seguir creciendo. Se trata de construir una subjetividad humana que ante cualquier situación opte por sacar el máximo beneficio, que acumule y nunca se sienta satisfecho en su deseo de mercancías.

Dicha lógica desarrolla la dimensión comunitaria del ser humano para someterla a la fuerza uniformizadora del cálculo racional, empobreciendo y coartando la riqueza de las diferentes lógicas que conviven en la vida individual y colectiva. Venimos repitiendo que el orden neoliberal se caracteriza precisamente por esa uniformización del ser humano, a través de la unidimensionalidad que promueve. Hemos señalado que la sociedad capitalista viene definida por dos procesos que son los que han propiciado un desarrollo económico y material muy superior al de otras civilizaciones humanas: la extensión de la racionalidad económica, superando las limitaciones (religiosas, éticas, sociales, culturales...) que hasta entonces acotaban dicha racionalidad, y el proceso de individualización. Dos ideas que aparecen perfectamente recogidas en la máxima liberal que defiende la búsqueda del interés y bienestar (económico) propio (individual) como fórmula para el bien común. La fase actual del capitalismo, el neoliberalismo, viene precisamente caracterizado por un reforzamiento de estos dos procesos, al margen de cualquier idea de solidaridad.

Sin embargo, en el seno del modelo neoliberal el término *cooperación* es cada vez más utilizado. He aquí una gran paradoja. La empresa es 'una comunidad de personas' que deben cooperar, únicamente porque se va demostrando que la colaboración bien hecha mejora el rendimiento. Cooperar para competir mejor. Así, obviando la descarnada instrumentalización de la cooperación y la subordinación de sus componentes ético-morales al objetivo puramente económico, se ha encontrado una de las coartadas argumentales que justifica la caracterización de la labor empresarial al uso como 'humanista'. La posible difuminación de las fronteras entre nuestro modelo y el modelo imperante debiera empujarnos hacia una actitud positiva de vigilancia y profundización.

EL MODELO COOPERATIVO DE COHESIÓN

La hegemonía absorbente del modelo neoliberal nos exige realizar un esfuerzo para aclarar primero conceptualmente nuestra idea de solidaridad, y así, promover una práctica que se vaya acercando a dicha idea.

Una de las dimensiones de la vida colectiva se centra en el esfuerzo comunitario orientado a la producción de la riqueza necesaria para los miembros de la comunidad. Es una dimensión absolutamente necesaria. Es decir, la acción productiva y económica son parte integrante de la existencia humana. Está bien claro: **la rentabilidad económica es consustancial al proyecto cooperativo**, y no puede ser de otra manera.

Al mismo tiempo, la empresa cooperativa es un proyecto que desborda lo puramente económico para erigirse en una **acción colectiva para el desarrollo integral personal y comunitario**, concepto que será profusamente tratado en el capítulo ocho. Por ello, el peligro reside en la supeditación absoluta del resto de dimensiones de la vida individual y social a las prerrogativas de la lógica productiva. Este es el difícil y complicado equilibrio de la experiencia cooperativa arizmendiana.

Por ello, porque ante los dilemas de difícil solución es fácil asimilar lógicas que no son propias, es importante mantener claro que el modelo de comunidad, cohesión o solidaridad que promueve el paradigma de la Cooperación es sustancialmente distinto al señalado como neoliberal. Lo económico y la lógica racional-instrumental que lo caracteriza, se encuentran al servicio del ser humano, y no a la inversa. Esta máxima, posiblemente demasiado idealista y retórica para muchos -esta valoración no deja de ser síntoma de la ley de plomo que recorre nuestro mundo, según la cual, todo proyecto que no se atenga a las lógicas imperantes es irracional- se traduce en que el orden cooperativo se caracteriza por la defensa de un proyecto de transformación social y el empeño en la consecución de un estadio de desarrollo social más humano y solidario. Y este objetivo no constituye lo colateral, sino lo sustancial, y para su realización debemos dotarnos, indudablemente, de capacidad competitiva. Por ello, la conformación de una comunidad solidaria puede ser el método para competir, pero es sobre todo el objetivo a cumplir; es la fórmula organizativa y es la meta.

HACER FRENTE AL DEBILITAMIENTO

La experiencia arizmendiana ha creado múltiples expresiones de solidaridad intra e intercooperativa: la creación de una fórmula propia de seguridad social, la política retributiva, los fondos comunitarios, la capitalización de los retornos, el tratamiento del desempleo..... Por ello, no es, ni mucho menos, comparable a fórmulas neoliberales de *pseudosolidaridad*, que buscan más crear sensaciones de participación activa en un proyecto colectivo (participación simbólica o puramente vivencial), que verdades y realidades tangibles.

Sin embargo, y atendiendo todavía a un análisis sobre tendencias generales, podríamos convenir en que el diagnóstico no es del todo positivo, independientemente de la intensidad de la autocrítica: la cohesión interna,

el sentimiento de pertenencia a la comunidad cooperativa, la solidaridad (intracooperativa e intercooperativa) al fin y al cabo, parece que muestra ciertas tendencias a debilitarse.

Las causas son múltiples, pero parecen existir razones que tienen también mucho que ver con el **debilitamiento del proyecto de transformación social y la pérdida de tensión utópica**. Al ritmo del debilitamiento de la conciencia y espíritu colectivo característico de nuestras sociedades, diríase que actualmente también nosotros vivimos un enfriamiento de las ilusiones colectivas que históricamente han movilizadado la experiencia arizmendiana. El espíritu de unión puede sufrir quebranto si no se visualiza en común un mínimo proyecto ilusionador de transformación social.

Todo ello tiene que ver con aspectos que profundizaremos en otros capítulos (las otras dimensiones de la solidaridad, el enraizamiento, el desarrollo integral, la educación). Al fin y al cabo, cuanto más potente e ilusionante sea el proyecto de transformación social que desarrolle la Experiencia Cooperativa, más natural y fuerte será el sentimiento de solidaridad de los cooperativistas actuales y futuros.

PARA COHESIONAR: RENOVAR VISIONES ILUSIONANTES

¿Qué sentido adquiere el proyecto arizmendiano y su fórmula cooperativa en el contexto que nos rodea en los umbrales del siglo XXI? Se trata de una cuestión que deberemos ir respondiendo entre todos, en la medida en que alcanzar un mínimo denominador común sobre el lugar que ocupa nuestra experiencia en el País Vasco y en este mundo, parece vital para el éxito y salud de nuestro proyecto.

La experiencia arizmendiana nació con **vocación inconformista**, en un mundo económico guiado por valores y formas de funcionamiento que distaban mucho de la visión humanista-personalista (ético-religiosa) que sirvió de base al proyecto arizmendiano. La reformulación de esa visión, adaptada al nuevo contexto en el que nos movemos, la renovación y reconstrucción del proyecto emancipador que reside en el fondo de nuestra experiencia, es la dirección que podría ubicarnos en el sentido correcto de la reflexión.

El pragmatismo y el exclusivo cálculo económico no parecen constituir por sí mismos dispositivos activadores de ilusión y generadores de utopías transformadoras. La articulación constante de un equilibrio entre el aspecto económico (el sentido de realidad) y lo social (proyecto ético), parece seguir siendo el gran desafío del futuro, también en el camino hacia la revitalización y recuperación del sentimiento de solidaridad interna y el apego a un objetivo común compartido. Se trata de recuperar el **idealismo cohesionador** e inspirador de la experiencia arizmendiana y su **naturaleza inconformista**, no desde la ingenuidad y el *angelismo*, sino desde el

realismo crítico, y no meramente adaptativo, característico del proyecto arizmendiano.

En este sentido, en el contexto de un mundo atomizador como el actual, el cooperativismo puede conformarse en aglutinante, en movilizador de ilusiones, en elemento para una cohesión humana racional, en dispositivo emisor de sentido y orientador del deseo y comportamiento humano en una dirección de transformación y emancipación social e individual. La comunidad cooperativa es precisamente éso, una comunidad, un espacio para el **desarrollo personal** y la construcción de la **vida colectiva** en base a un proyecto racional de creación de **riqueza-bienestar** y orientado hacia la **transformación social**. El proyecto cooperativo cuenta con los elementos necesarios para crear y practicar un vínculo social propio. Puede concebirse como elemento de valor estratégico en la necesaria respuesta múltiple y diversa, en la labor de ir construyendo un **yo comunitario**. Un yo que relativice la búsqueda compulsiva del autointerés y el cálculo racional egoísta, en favor del bien común, es decir, de lo ético. Y al mismo tiempo, un yo que huya del deseo de formas totalitarias de convivencia.

De hecho, el paradigma cooperativo descansa sobre la idea de una unión de personas que han sabido aceptar ciertas limitaciones de la propia voluntad en favor del bien común. El proyecto cooperativo podría marcar la dirección de constituirse en un conjunto de itinerarios individuales que proyectan un deseo comunitario y propugnan un destino colectivo, a partir del equilibrio racional arizmendiano entre el individuo y la comunidad. La dirección señalada cuenta con múltiples y profundas dificultades, especialmente cuando existen fuerzas poderosas orientadas en sentido contrario. Pero constituye un reto ilusionante, desde la asunción realista de nuestras propias limitaciones.

Sólo desde un proyecto ilusionante puede darse la unión de personas que han querido y sabido aceptar las limitaciones de su exclusivo deseo de promoción individual en favor del bien común. Y es difícil que ese proyecto ilusionante pueda ser exclusivamente el del crecimiento económico sin profundizar en un proyecto de transformación social ambicioso y multidimensional para el siglo XXI. Seguramente, sólo así es posible orientar el cuerpo social cooperativo hacia una verdadera cooperación no simplemente instrumental.

Y dado que generalmente los procesos de cambio social son promovidos por minorías conscientes que impregnan dicho espíritu en el cuerpo social, parece obligado hacer referencia a la responsabilidad especial que poseen las personas que hoy en día guían los designios de la experiencia arizmendiana. La interiorización del proyecto de transformación social por parte de las personas con mayor responsabilidad, y la actuación coherente con dicho proyecto, constituyen palancas básicas para ir configurando una visión de futuro ilusionante. Una labor complicada en tiempos como los actuales, en los que la urgencia de las cifras y las exigencias del mercado parecen relegar todo proyecto ético al terreno de lo impracticable. Una labor complicada pero necesaria.

ASPECTOS CONCRETOS DE LA SOLIDARIDAD INTRA E INTERCOOPERATIVA

Después de la reflexión más teórica, a continuación expondremos sintéticamente algunas cuestiones más concretas en relación a las dos solidaridades que ocupan este capítulo. El proyecto arizmendiano, en comparación con otros proyectos de creación de riqueza-bienestar, ha desarrollado un profundo sistema de solidaridad interna con diferentes ramificaciones: una distribución más equitativa de los resultados económicos, el sistema de seguridad social, una política retributiva más justa, el tratamiento solidario del desempleo (reubicaciones), el empleo cooperativo..... Sin embargo, señalemos algunas cuestiones que pueden ser materia de discusión.

- **El abanico salarial.** La escala retributiva ha ido ampliándose en los últimos años. Es evidente que todos somos iguales en dignidad pero diferentes en talento, y la empresa necesita satisfacer a las personas capacitadas para las altas responsabilidades. Sin embargo, aun siendo la escala retributiva de nuestras cooperativas más igualitaria que las de las sociedades de capital, cabe reflexionar sobre la dirección que marcan este tipo de medidas y las perspectivas de futuro en este tema.
- **La cuestión de los retornos.** Desde sus orígenes, la experiencia arizmendiana ha orientado su trayectoria al servicio de la sociedad, más que en favor de los intereses individuales de cada socio. Sin embargo, en los últimos años se ha debilitado la tendencia hacia la capitalización de los retornos.
- **Fondos comunitarios.** En los últimos años, ante la realidad de un mercado globalizado, nuestra experiencia ha optado por combinaciones con grupos no cooperativos y la expansión económica en el exterior con formato no cooperativo. La utilización de los fondos comunitarios en esa dirección contrasta con el debilitamiento en la creación de proyectos empresariales cooperativos. Esta tendencia nos enfrenta a un desafío histórico: el difícil equilibrio entre la adaptación y el mantenimiento de las esencias en un contexto de globalización.
- **Socios-trabajadores.** También en estos últimos años hemos visto sustancialmente reducida la proporción de socios en favor de trabajadores por cuenta ajena y el aumento progresivo de eventuales. El mercado hipercompetitivo al que debemos hacer frente choca con algunos de los postulados básicos del cooperativismo y del ideal arizmendiano, y en lo que respecta a la regulación del trabajo, dicho mercado exige una contratación flexible y dinámica. Siendo ésto cierto, cabe reflexionar sobre la necesidad de que por ejemplo el número de eventuales sea el que es, habida cuenta del éxito económico que nuestras empresas están consiguiendo. Limitar el contrato de personal no socio y eventuales a lo estrictamente necesario constituye un referente indispensable si queremos seguir manteniendo el carácter de sociedad de personas, y no de capital.

Preguntas para el debate:

- ¿Cuáles son hoy los aspectos más importantes de nuestra experiencia en lo que respecta a la solidaridad intra e intercooperativa?
- ¿Qué lectura cabe realizar sobre la evolución que esos aspectos de solidaridad han experimentado en estos últimos años?
- ¿Se ajusta nuestro abanico retributivo al concepto de solidaridad que propugnamos?
- ¿Marca el debilitamiento de la capitalización de los retornos una dirección en la que va primándose más el interés del socio que el servido a la sociedad?
- ¿Qué futuro se nos presenta como proyecto cooperativo en un contexto de globalización? ¿Es imparable e irreversible el proceso de desnaturalización?
- ¿Existe, ante el proceso de mundialización económica, cierta dejación en lo que respecta a la creación de proyectos empresariales cooperativos?
- Las normas en vigor aceptan un 30% de empleados eventuales en nuestras cooperativas ¿Cómo se valora la cifra? ¿Como se valora la práctica de las cooperativas en este aspecto?